XIV

EL JURAMENTO

Presa de una emoción que en vano intentaba disimular, el rey de las Catacumbas había apoyado su frente en la reja, y á través de los barrotes de la misma miraba con ansiedad el interior del fúnebre recinto mientras que Macallán, volviendo un poco hacia atrás, iba á llamar á una puertecilla situada no lejos de la verja. Luego de dar algunos golpes discretos fué á reunirse con R. C., y, como éste, dióse á contemplar aquel pobre campo de reposo que, siempre triste é impresionante, parecíalo aún mucho más cubierto como se hallaba en aquel instante por el blanco sudario de la nieve.

Con su vocecilla antipática, que recordaba el chírrido de una carraca rota, Macallán hablaba.

— Parece un cementerio de novela, ¿verdad? — decía. — Da frío pensar en el que deben tener los que duerman ahí... Aunque ¡quién sabe! tal vez están mejor que nosotros...

El hombrecillo no continuó. La puerta á la que llamara poco antes acababa de abrirse. Un hombre, cubierta la cabeza con gorra galoneada, apareció en el marco de la misma. Era el guardián del cementerio, hacia el cual se dirigió el gnomo. Murmuró algunas palabras á su oído, y entró en el fúnebre recinto seguido de R. C.

El hombre de la gorra galoneada había cerrado la puerta. Macallán, que sin duda conocía el terreno que pisaba, torció enseguida á la derecha, y pasando entre dos hileras de tumbas abandonadas llegó á un rincón del cementerio, contiguo al muro de cerca, que aun hoy día parece no haber dado asilo á ningún muerto puesto que la tierra, en la que crece la hierba amarillenta en el verano, se halla huérfana completamente de cruces, de coronas y de flores, naturales ó artificiales.

Y sin embargo, precisamente en ese rincón al parecer abandonado, recibieron sepultura provisional, cuando los sucesos de la Comuna, los cadáveres de los generales Lecompte y Clement Thomas, arrastrados hasta allí después de los fusilamientos de que fué teatro el jardinillo de la calle de los Rosales.

¿Qué objeto llevaba al gnomo Macallán, seguido como una sombra por R. C., hasta aquel rincón del cementerio de San Vicente que los mismos muertos habían desertado?

Llegados que fueron á lo alto del montículo, Macallán se volvió hacia su acompañante, y señalándole el ángulo del muro :

— ¡Ahí es! — le dijo.

Acercóse R. C., y luego de observar que una mano

desconocida había trazado con alquitrán una cruz en la pared, cayó de rodillas.

. . . . . .

Profundo como el silencio, mudo como la tumba, discreto como la muerte, el dolor de R. C. manteníalo inmóvil, inclinado sobre aquella tierra que el hombre más piadoso hubiera podido hollar sin que ningún signo exterior le advirtiese de que cometía un sacrilegio. Así permaneció mucho tiempo. Los minutos transcurrían en el silencio de todas aquellas cosas muertas, y en la fría dulcedumbre de la nieve, que lloraba sobre el cementerio sus lágrimas blancas y silenciosas. R. C. no lloraba, ni gemía, ni suspiraba siquiera. ¿Rezó? Tampoco. Pero cuando su busto se irguió al fin, cuando su frente húmeda por la escarcha, se volvió hacia Macallán, éste no pudo soportar el brillo cegador de dos ojos que más que tal parecían rayos, y retrocedió ahogando entre sus labios algunas palabras incomprensibles.

En realidad la luz del rayo no es tan deslumbradora como lo era la mirada de R. C. cuando se incorporó sobre aquella tierra que escondía algo de que él solo conocía el secreto. Hacia ella habíase inclinado el Dolor, que al enderezarse era ya otra cosa : era el Furor santo. Y al extender lentamente su mano, con gesto de divina amenaza, hacia Paris, hacia la ciudad cuyas torres y campanarios se divisan desde aquel miserable rincón de tierra sagrada, el rey de las Catacumbas, más que ser humano, parece algo así como una milagrosa encarnación del terrible ángel de la venganza.

Y he aquí que al lado de ese ángel se agita un

demonio que sopla incesantemente para agigantar más aún la llama de odio que abrasa el corazón de R. C.

— ¡Jura! — dice Macallán; — *¡Jura y acuérdate!*

Y los labios mudos de R. C. deben pronunciar un terrible juramento, que no se atreven á confiar ni aun á los que ya no existen, puesto que se mueven, se mueven, pero no se oye una palabra de lo que dicen...

Pero Macallán quiere oir.

— ¡Más alto! — dice el gnomo, cuya fisonomía tiene en aquel momento expresión verdaderamente diabólica. — ¡Jura!... ¡Jura, que yo te oiga!... Di tan solo : lo juro. Me daré por contento.

Y el hombrecillo, inclinándose hacia el rey de las Catacumbas, pudo oir como éste decía :

— ¡Lo juro!

Entonces sucedió una cosa extraña. Macallán se frotó las manos como si pretendiera arrancarse la epidermis; saludó ligeramente con la cabeza, dió media vuelta, y sin ocuparse ya poco ni mucho de R. C. dirigióse hacia la puerta del cementerio. Apenas fuera del campo del reposo, la extraordinaria y fantástica alegría que embargaba su alma se tradujo en desordenados movimientos de su cuerpecillo contrahecho. Pocos momentos después hallábase frente á la *Posada del Presidio*. De pie en los escalones de la misma, se encontraba un hombre.

— ¡El Buitre! — exclamó alegremente Macallán al reconocerlo. — Has hecho bien en venir.

Así diciendo lo arrastró con rapidez hacia la sala en que poco tiempo antes comenzara su correspondencia.

— Buitre, — le dijo sacudiéndole la mano; — vas á contarme historias. Quiero que me lo digas todo, todo... Deseo saberlo todo, desde el principio. Misterio no me dice nunca nada, ¿me oyes? nada, ni una palabra... Te aseguro que hay días en que soy desgraciado.

Hizo sentar al Buitre en una silla baja, y él permaneció en pie, frente á su interlocutor, en espera de las historias demandadas, dando visibles muestras de gran curiosidad.

— ¡Te escucho! — dijo sacando del bolsillo del pantalón un inmenso cortaplumas con la hoja enorme del cual comenzó á recortarse las uñas.

El Buitre, que vestía traje de americana y sombrero hongo, comenzó á hablar y enteró al enano de todos los acontecimientos de la noche anterior, así como de los detalles de la evasión de Desjardies.

Macallán le escuchaba con la misma visible satisfacción que experimenta el niño á quien se refieren cuentos de hadas ó hazañas de bandidos. Cuando el Buitre, en su narración, llegó al momento en que Desjardies habíase visto detenido á la puerta misma de la cárcel por la pregunta indiscreta del conserje, el enano se estremeció, como pudiera hacerlo un niño al ver en peligro al héroe de una aventura extraordinaria. Pero su emoción duró poco. Afortunadamente, la intervención oportuna del guarda de los ojos de albino que con el Buitre y Pata de gallo vigilaban desde el rastrillo los movimientos de Desjardies, hubo de decidir al portero á dejar franco el paso « al nuevo ayudante del verdugo que necesitaba acercarse al furgón ». Diez minutos después Desjardies se encontraba entre la gente apostada en la calle de la Vacquerie y arrastrado por algunos hacia sitio para él desconocido. Bajado á la cueva de un taller de aserrar maderas, de ella salió para encontrarse, sin saber cómo, frente á frente de su hija. Lo ocurrido después ya lo conocía Macallán.

Pero aun ignoraba, y de ello se enteró con satisfacción, la cruel y última aventura ocurrida á Próspero y Dionisio, los verdaderos ayudantes del verdugo.

Ello fué que el ayudante de guardia, que viera entrar á los dos ayudantes del verdugo, (los falsos), hubo de manifestar su asombro al ver que más tarde salían tres : (Desjardies, el Buitre y Pata de gallo) y fué precisa una nueva intervención del guardián de los ojos de albino conocido por el portero como uno de los más fieles, para hacerle comprender que Pata de gallo no era más que el secretario del juez de instrucción, que iba en busca del procurador imperial para enterarle de las sensacionales revelaciones que acababa de hacer el condenado, á causa de las cuales, y contra las reglas establecidas, habíase decidido retardar la ejecución. Apenas fuera de la cárcel los tres compadres hubo de llamar la atención del portero el ruido infernal que armaban los funcionarios encerrados en el patio de la administración, y dirigiéndose presuroso hacia el rastrillo, hubo de descubrir el pastel, aunque ya tarde. Precisamente en aquellos momentos los auténticos ayudantes del verdugo, los verdaderos Próspero y Dionisio, á quienes la banda de los Titís de Pantin acababa de dejar en libertad, se presentaban como locos á la puerta de la cárcel; y el ayudante, que ya había visto tres auxiliares del verdugo, al enterarse

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

de que se presentaban dos más declaró que ya eran demasiados, ordenando en el acto que los arrestasen. He aquí cómo los infelices Próspero y Dionisio, que ya aquella noche fueran detenidos arbitrariamente por las gentes del rey Misterio, lo fueron una segunda vez por los soldados de la guardia de prevención.

Gozaba lo indecible el gnomo Macallán escuchando este relato, cuando el Buitre se inclinó hacia él y deslizó en su oído algunas palabras. ¿Qué noticia sorprendente podía comunicarle? Nadie pudo saberlo. Pero es el caso que en el semblante del hombrecillo se reflejó primero la incredulidad, luego el estupor, y por último la rabia, una rabia loca, insensata: que estalló bruscamente y con tal violencia, que para desahogarla en parte sin duda, Macallán clavó el cortaplumas de que se servía para limpiarse las uñas en la mesa que tenía delante, y esto con tal fuerza, que el mango quedó vibrando como la flecha emplumada que se clava en el blanco.

— ¡By Jove! — rugió furioso, — si lo que acabas de decirme es cierto, Buitre, tú eres un amigo; pero si mientes, si por casualidad te has equivocado, conste que no doy un penique por tu pellejo. Vamos á ver, ¿quién te ha contado semejante cosa?

— La Muna; — replicó el Buitre sin inmutarse.

XV

BENVENUTO CELLINI

Caminaba el rey Misterio por callejas extraviadas. Su frente dolorosa parecía inclinarse aún sobre la tierra fúnebre que fuera testigo mudo de su juramento, y en su mirada soberana reflejábase todavía la visión del humilde cementerio. El viento que llegó á azotarle la cara apenas llegado á lo más alto de Montmartre, pareció volverle á la realidad de las cosas. Orientóse durante un momento, observando con escrupulosa atención en torno suyo, y en vista sin duda de que nada sospechoso le rodeaba, serenóse su semblante, y la idea terrible que atenazaba poco antes su cerebro desapareció de él para dar paso á pensamientos más dulces, más humanos.

Bajó con rápido y seguro paso por la calle Gabriela, y antes de llegar á la vieja calle de los Molinos se detuvo ante unos terrenos sin cultivar, completamente abandonados al parecer, y de nuevo miró en torno suyo. Luego, satisfecho sin duda de su examen, saltó

una valla, que servía de cerca á un campo poblado de montones de basura y de cascos de botella, y bordeándola durante algunos momentos, tomó de nuevo la dirección de los solares abandonados que limitan por uno de sus lados la calle vieja de los Molinos, hasta que se encontró detenido por un vasto edificio cuya fachada correspondía con seguridad á dicha calle.

Una vez allí, dió la vuelta por la parte trasera de la casa y se detuvo ante una puertecilla apenas visible en una de las paredes maestras. Sacó una llave del bolsillo y abrió la puerta, en el hueco de la cual aparecieron los primeros peldaños de una escalera tan sombría como ruinosa. Luego de cerciorarse gracias á una nueva é inquisitorial mirada, de que nadie había podido verle, pasó el umbral de la puerta, que cerró tras de sí, y dióse á subir la escalera con precipitación que denotaba claramente su perfecto conocimiento de la topografía de la casa misteriosa.

R. C. subió así, sin detenerse y sin encontrar rellano alguno, como la altura de tres pisos, por lo que no era aventurado suponer que aquella escalera hubo de ser construida en su tiempo con el exclusivo objeto de que condujese á la única habitación en la cual terminaba.

Dicha habitación era una modesta bohardilla muy pobremente amueblada. Al entrar en ella veíase tan sólo un portier, destinado á ocultar la entrada de la escalera de que acabamos de hacer mención; una cama de hierro enfrente de la misma; una mesa-tocador provista de profundas palanganas bajo el ventanuco que daba luz al cuarto; al lado de ella una cómoda apoyada contra la pared, y encima un miserable espejo. Eso era todo. Es decir, no: á la cabecera del lecho destacaba un cuadro de indiscutible valor artístico, una verdadera obra de arte, ejecutada sin duda por un maestro de la pintura, que no quiso ó no pudo firmar su creación genial.

Dicho cuadro era un retrato de mujer; una cabeza maravillosamente bella, de noble continente y expresión llena de gracia y de dulzura. La cabellera abundosa y muy rubia contrastaba profundamente con los ojos, negros como el azabache. Poblados bucles simétricamente caídos sobre los hombros admirables, encuadraban con graciosa armonía el óvalo de la cara, delicado y de impecable dibujo, aun cuando la nariz parecía un tanto aguileña; tal ligero defecto sin embargo, lejos de descomponer el hermoso conjunto, ponía en aquella encantadora fisonomía esa nota de altivez que los hombres delicados se alegran de observar en la mujer amada. La boca, muy pequeña, parecía haber sido hecha para besar y ser besada. Era aquel indudablemente el retrato de una enamorada pintado por un amante.

Apenas entrado en la bohardilla y cerrada cuidadosamente la puerta, R. C. miró con entusiasmo al retrato, sonriéndole como á una persona querida á quien se saluda, y dirigióse luego hacia las amplias alacenas que ocupaban todo un lado de la misérrima habitación, las abrió con ayuda de llaves especiales, y fué tomando en ellas varios efectos de ropa, una boina y una caja, que depositó sobre la mesa-tocador. Hecho lo cual dió comienzo á la faena.

Abrió en primer término la caja, y de ella extrajo una sedosa barba rubia, y una peluca del mismo

color, colocándose ambas cosas con la habilidad de un cómico graduado de maestro en el arte de disfrazarse y de cambiar de fisonomía. Y así metamorfoseado, el parecido entre R. C. y la mujer del retrato resultaba verdaderamente asombroso, como puede un hermano parecerse á su hermano, *ó un hijo á su madre.*

Nadie hubiera podido reconocer entonces á Misterio, y menos aún cuando hubo endosado el amplio pantalón y la americana de pana negra, después de anudar con negligencia en torno á su cuello, y sobre la camisa sin planchar, una flotante corbata *Lavalière*, prendas todas que le daban al aspecto de un artista de pura cepa montmartresa.

Roberto Pascal, que tenía su taller en el Hotel del Mapamundi, y que era algo pintor, bastante escultor y un artista por temperamento, se calificaba á sí mismo, con notoria modestia, de obrero decorador. Sin embargo, sus amigos, que no ignoraban sus grandes capacidades, llamábanle familiarmente Benvenuto Cellini, con entusiasmo admirativo que se comprenderá cuando en compañía de R. C., convertido de nuevo en Roberto Pascal, empujemos la puertecilla que comunicaba su habitación con el taller.

Este era una vasta pieza cuadrangular admirablemente alumbrada por inmensa vidriera que hubo de reemplazar á medias el techo de planchas de zinc que cubriera en otro tiempo las bohardillas. Roberto Pascal encontró el taller por alquilar á la muerte de un artista de cierto renombre que comenzó á embadurnar sus telas siendo aún muy joven en una de las bohardillas del *gran* hotel del Mapamundi, y que más

tarde, llegados para él la gloria y el dinero, no quiso nunca abandonar aquel albergue de bohemios que él llamaba el paraíso terrenal, aun cuando la comida era infame, y por más que las corrientes de aire en el invierno y el calor espantoso en el verano lo hacían casi inhabitable. Entendióse pues el artista con el propietario, y éste le hizo construir en el cuerpo de edificio del segundo patio un taller, y puso á su exclusiva disposición una escalera, que conducía á la parte trasera de la casa, la existencia de la cual era ignorada por los habitantes del hotel.

Muerto el artista, Roberto alquiló encantado el taller, y lo arregló á su modo. Bastaba verlo para percatarse de que Pascal, que se decía obrero decorador, era ante todo y sobre todo un orfebre como ya no es fácil encontrar en nuestros días, en que los procedimientos de la fabricación y de la mecánica han transformado por completo un arte que avaloraba en otros tiempos la paciente originalidad del obrero, servida por su personal habilidad en el manejo de delicados instrumentos.

De cuantos objetos de arte poblaban el taller, pocos eran los que debieron conocer el molde. La inmensa mayoría de ellos había sido trabajada y cincelada por la mano del obrero, pudiendo desde luego asegurarse que el único procedimiento de que éste se servía era el *martillado.*

Hacíase imposible, en efecto, descubrir en el taller un solo torno. Á quien se extrañaba de la ausencia de tan necesario utensilio solía contestar Roberto que el torno ejerce deplorables efectos en el metal, ensanchando sus poros y reblandeciéndolo, mientras

que el martillado, por el contrario, lo coloca en la mejor condición molecular que puede desearse.

Esparcidos por las mesas había en el taller gran cantidad de martillos de diferentes tamaños, de los que la mayor parte eran en boj, teniendo redondeada la parte que en los otros martillos es cortante, con objeto de poder extender la materia sin temor á verla cortada. Mezclados con los martillos había todos los instrumentos que pueden servir á un cincelador para terminar los trabajos del orfebre; cierres de acero, limas encorvadas que penetran más fácilmente en las cavidades pequeñas; escofinas delicadas, tijeras de extrañas formas; punzones, que, terminados por una media bola, sirven para marcar la concavidad de las medias perlas, y cinceles de media caña que marcan por el contrario el relieve de las mismas; una porción de utensilios en fin cuya exacta nomenclatura no habría podido hacer ninguno de los orfebres ó cinceladores de nuestros días, por la sencilla razón de que tales instrumentos habían sido inventados por el propio Roberto Pascal, quien los construyó á su modo, afinándolos ó embotándolos según la naturaleza del trabajo á que mentalmente los destinara. Si á esto se añade que, á juzgar por los trabajos en yeso y en barro cocido que abundaban en el taller, Roberto debía inventar sus modelos, revelándose como escultor delicado y como burilador y cincelador de primera fuerza, se comprenderá que los huéspedes habituales del Hotel del Mapamundi comparasen á Roberto con Benvenuto Cellini, el más delicado artista orfebre que han conocido los siglos, y le bautizaran con el nombre ilustre del glorioso italiano.

Luego de atravesar, inspeccionándolo al mismo tiempo con la mirada, el vasto taller, Roberto descorrió sin ruido el cerrojo de una puerta que daba á la escalera del Hotel, y abriendo ésta, cuyo tablero exterior se adornaba con un medallón de lo más hermoso que pueda imaginarse, una verdadera joya de cobre labrado al relieve que representaba á Margarita de Valois, en la mejor época de su vida de amorosa, sacó un poco la cabeza echando una rápida ojeada por el descansillo de la escalera, desierto en aquel momento.

Realizado este examen, entornó la puerta, y atravesando de nuevo el taller dirigióse hacia una bigornia redonda, colocada cerca de la cristalería, y de una mesilla próxima tomó un martillo y una hoja de plata. Levantando con una mano el martillo y manteniendo con la otra la hoja de plata sobre la bigornia, dióse á golpear esta última acompasadamente, descargando en ella golpes seguros, firmes, secos, de esos que caen sin vacilación sobre la plata, y que hieren sólo una vez en el mismo punto, dando poco á poco á la hoja la forma esférica.

Hubo un momento en que cesó el martilleo. Roberto escuchaba los ruidos del exterior. Luego dióse á martillar cada vez más fuerte, hasta hacerlo con verdadera rabia; y aunque la pobre hoja de plata perdía de su espesor, amenazando con deshacerse, el artista continuó su furioso martilleo hasta que oyó llamar á la puerta. Tiró entonces el martillo y fuése á abrir.

En el umbral de la puerta, que quedó antes entornada, se hallaba una mujer joven.

— Entre usted, señorita, — dijo Roberto Pascal.

Y Gabriela Desjardies penetró en el taller.

No era ya la joven la encarnación de la desesperanza que vimos penetrar en el salón Pompadour de la plaza de la Roqueta; por el contrario, sus mejillas antes pálidas aparecían ahora coloreadas, y de los ojos negros y hermosísimos hubo de retirarse la mirada de espanto, para dejar que en ellos brillara la del consuelo y la esperanza.

Adelantó Gabriela hacia Roberto con movimiento espontáneo, tendidas las manos como si buscasen las del joven artista; y en la actitud y movimientos de la muchacha adivinábase la plétora de gratitud que ansía manifestarse.

— ¡Ah, amigo mío!... — dijo.

Y no se le ocurrió otra cosa. Detúvose, acometida de noble confusión, porque instintivamente se percató de que se hallaba tocando casi con su busto el pecho del joven, tan cerca del mismo que habría podido contar los latidos del corazón del artista.

Gabriela retrocedió un poco, muy poco; tan poco, que un espectador indiferente de aquella escena luego de pensar que la gratitud tan sólo había precipitado á Gabriela hacia Roberto, no hubiera dejado de comprender que era el amor el sentimiento que de él la apartaba enseguida.

Tan turbado como la joven hallábase Roberto, si es que no lo estaba aún más; porque ello es que si Gabriela no había podido pronunciar más que tres palabras, de los labios de él no salió en cambio ninguna. Pero sus ojos hablaban; y aquellos ojos envolvían á la joven en una inefable y casta caricia.

Comprendiendo sin duda lo ridículo de su situación, ó el peligro que la misma podía entrañar para ambos, Roberto rogó á Gabriela que se sentase, y aun acertó á decirle con tono que parecía de los más naturales:

— Hable usted, Gabriela; supongo que tiene usted que decirme cosas muy importantes...

— Demasiado sabe usted que mi padre se ha salvado, — dijo la joven.

— Sí, que lo sé; mejor dicho, lo adiviné en el momento mismo en que empujó usted esa puerta. Me bastó con ver su cara para comprenderlo. Hace tres días, cuando nos vimos la última vez, parecía usted una muerta... Ahora tiene usted colores sanos, mirada brillante, movimientos vivos... Si ha resucitado usted, Gabriela, es indudable que su padre se salvó... Hable usted, ¿no es así?

— ¡Oh, amigo mío! Á usted es á quien debo la vida... Como mi padre le deberá el honor recuperado...

— ¿Á mí?... — exclamó el joven dando muestra del más sincero asombro. — ¿Qué dice usted, amiga mía?

— Sí, á usted. Yo he pasado aquí tres días interminables; tres días de angustia indecible, esperando, como usted me lo encargó, que usted me dijese algo, mientras mi padre esperaba el momento de marchar al cadalso. ¿Qué ha hecho usted durante esos tres días? No lo sé, ni me importa saberlo ya, porque mi corazón me dice que durante ese tiempo no ha dejado usted de trabajar un solo minuto por nosotros, por él, por su salvación, por su libertad... por la realiza-

ción de un sueño insensato en la que no quería ni podía creer : la evasión de un condenado á muerte... Y mi corazón, amigo mío, no me engaña.

— ¿Sabe usted, Gabriela, dónde he estado durante esos tres días?

— No : dígamelo usted.

— Pues bien, he estado en Saint-Valery-sur-Somme.

— ¡Es posible! ¿Y qué ha hecho usted en Saint-Valery-sur-Somme?

— Pues... se va usted á sorprender cuando lo sepa : cazando patos salvajes.

— ¿Por qué pretende usted engañarme, Roberto? ¿No comprende usted que no puedo creer una sola palabra de lo que acaba de decirme?

— Pues hace usted mal, Gabriela; es preciso, es indispensable que me crea usted siempre, hasta cuando le diga que cazo patos salvajes... Además, sepa usted que eso es mi distracción favorita en el invierno, cuando no trabajo.

— No : ¿cómo he de creer que ha tenido usted humor para divertirse sabiéndome sumida en la desesperación más horrible?

— ¡Bah! — dijo Roberto sonriendo. — Si me distraje fué porque me constaba que no habían de tardar en secarse sus lágrimas y en convertirse su dolor en alegría... Y vea usted lo que son las cosas : con un poco de confianza en mí, esas torturas de que me habla usted habrían cesado antes, mucho antes de esos tres días que acaba de recordarme. Pero como no quiso usted concederme esa confianza, mi pena fué muy grande; y para distraerme un poco, sí, señora, para distraerme, me fuí á cazar patos salvajes en Saint-Valery-sur-Somme.

— Déjese usted de bromas, Roberto, que me hacen daño. Comprenda usted que en estos momentos en que no deberíamos tener secretos el uno para el otro, en estos momentos en que mi gratitud inmensa me impulsa á darle mi vida, á cambio de la de mi padre salvada por usted, no está bien que continúe afectando una indiferencia en la que no creo, ni que persista en hacerme comprender que no ha tenido arte ni parte en los acontecimientos providenciales que se suceden en mi triste existencia desde que ambos nos conocemos... No, Roberto, no está bien... Diga usted que nada le importa cuanto conmigo se relaciona; ya no le falta más que eso.

— Sí, Gabriela, sí que me importa, y usted lo sabe, pues no ignora que fuí yo quien hablé de usted á mi amigo todopoderoso, que es quien en realidad merece toda la gratitud de usted. ¿Por qué no ha tenido usted en mí la misma confianza que tenía yo en el poder inmenso de mi amigo? Se habría usted ahorrado tres días de incertidumbre inaguantable...

Pero vamos á ver : ¿qué me dice usted de mi amigo?

— ¿Del rey Misterio?

— Sí, ¿de quién ha de ser?

— Pues que tendré que creer en su existencia, puesto que usted me asegura que es él quien ha salvado á mi padre.

— ¿Pero no lo ha visto usted?

— ¿La noche pasada? — preguntó Gabriela con voz temblorosa, — ¡Sí, sí, lo he visto!...

— Lo pregunto porque á mí me aseguró que la vería á usted.

— ¿Cuándo le aseguró eso?

— No hace mucho; en la carta misma en que me rogaba advirtiese á usted que procurara encontrarse la noche pasada, á las dos en punto, en el terraplén de la Opera.

— Pero esa carta, ¿la ha recibido usted en Saint-Valery-sur-Somme?

— Allí mismo; ahí la tiene usted.

Y Roberto sacó de una cartera un sobre en el que aparecia esta dirección: « Señor Roberto Pascal, Hotel de France, Saint-Valery-sur-Somme. » El sello estaba obliterado por la estampilla de la administración de correos de Saint-Valery.

— Léala usted, hágame ese favor; — dijo el joven sacando la carta del sobre.

Gabriela leyó lo que sigue:

« Mi querido Roberto; le agradeceré se sirva prevenir á la señorita Desjardies que pasado mañana, jueves, á las dos de la madrugada, se encuentre en el terraplén de de la plaza de la Nueva Opera. En cuanto llegue á dicho sitio lo sabré yo, é iré á buscarla para conducirla á presencia del procurador imperial. Adviértale usted que deberá aceptar el brazo del hombre que se le acerque diciéndole sencillamente R. C. y aconséjele que no se extrañe de nada, y que no formule pregunta alguna. ¿Cómo va la caza? Señálase la presencia, cerca de Saint-Valery-sur-Somme, de una enorme bandada de patos salvajes. ¿Cuándo le veremos de nuevo por aquí? Siempre suyo: R. C. ».

— ¡Es muy extraño! — dijo Gabriela conmovida.

— Según eso, el hombre que me dió el brazo al llegar al terraplén de la Opera era su amigo de usted... el rey Misterio?

— ¿No le preguntó usted nada?

— No; usted me lo prohibía en la carta que me trazaba la línea de conducta que me era preciso seguir; por cierto que esa carta llegó á mis manos de tan extraño modo... Sin fecha, sin sello, deslizada bajo la puerta... ¿Cómo había yo de pensar que llegaba de Saint-Valery-sur-Somme?

Hubo entre ambos jóvenes un instante de penoso silencio. Gabriela tomó al fin las manos del artista, y le dijo con adorable tono de súplica:

— Quiere usted jurarme, Roberto, que no ha intervenido para nada en los acontecimientos de esta noche, que nada sabía usted de ellos, y que yo he sido la primera en participarle que una intervención divina salvó á mi padre en el momento mismo en que lo conducían al cadalso, porque la tremenda injusticia debía cometerse esta misma noche? ¿Me jura usted que yo soy la primera en participarle todo eso?

— ¡Lo juro, Gabriela! — dijo Roberto Pascal sin la menor vacilación.

— ¡Bueno! — dijo Gabriela un poco triste, como decepcionada. — Le creo á usted. Mi deseo habría sido que fuese usted el único acreedor á mi gratitud inmensa; puesto que no hay más remedio, le daré la mejor parte ya que gracias á usted he conocido á ese amigo todopoderoso que hace milagros sólo por complacerle, y reservaré para él el resto. Si usted resulta favorecido, es por lo que acabo de decirle y además... porque le amo á usted, Roberto!

Era la vez primera que Gabriela pronunciaba aquellas palabras que unían su destino al de Roberto Pascal.

Este comprendió que aquella mujer le pertenecía en cuerpo y alma; que bastábale con alargar los brazos para posesionarse de ella... Y, ¡cosa extraña! Su semblante, hasta aquel momento alegre y expresivo, se entenebreció de pronto, y con voz penetrante y fría como la hoja de un cuchillo, preguntó á la joven:

— Me amaría usted Gabriela, *si mi amigo no hubiese conseguido salvar á su padre?*

— En tal caso yo habría muerto, pero habría muerto amándole á usted.

Aún no estaba Roberto satisfecho.

— De donde resulta, — dijo, — que mi amigo ha salvado dos vidas; la de Desjardies y la de usted. A él pues es á quien debe usted amar, Gabriela.

— Para él mi admiración; — dijo la joven; — para usted mi cariño.

— ¡Gabriela, Gabriela, — gritó Roberto presa de extraña exaltación; — considere usted que tengo celos; celos horribles de mi amigo!

Miró la joven al artista, clavando en él sus hermosos ojos pletóricos de dolor y de pasión.

— Por usted, — le dijo, — estoy dispuesta á cometer el más abominable de los crímenes: el de la ingratitud. *Me olvidaré de su amigo*, para no pensar más que en usted. De ese amigo depende aún toda la seguridad de mi padre; pues bien á pesar de ello, me haré cuenta de que no le he conocido. *Es á usted á quien amo, Pascal, no al otro.*

— ¿Qué significan esas palabras, Gabriela? No acierto á comprender...

— Quiero decir, Roberto, — repuso la joven bajando la voz, — que los ojos de su amigo de usted son terribles, tan terribles como dulce es la mirada de usted en este momento.

— ¿De modo que mi amigo no le gusta?...

— No es eso; yo no puedo decir que me disguste un hombre que ha salvado á mi padre. Lo que hay es que me parece...

— ¿Le parece á usted? — preguntó con ansiedad é insistencia Roberto:

— Me parece que ese hombre me inspira miedo, — acabó Gabriela estremeciéndose.

Al oir estas palabras Pascal estrechó á la joven entre sus brazos temblorosos. Y esta vez ella no retrocedió. Apoyóse por el contrario con entera confianza en aquel corazón generoso y apasionado, y sus labios no rehusaron el candente beso que sellaba al fin el pacto que unía para siempre sus almas y sus cuerpos...